

Te Encontré

alex García Blanco

Copyright © 2020 Dr. Alejandro García Blanco

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor. Todos los demás detalles narrados son adaptaciones libres de la realidad vivida en la década de los 80's.

Si perdiste el amor de tu vida, no te rindas, búscalo
Sabes dentro de ti que está ahí afuera.
No importa Cuánto tiempo, Cuánto esfuerzo te lleve
No dejes de buscar.
Sabes dentro de ti que lo vas a encontrar...
- Abi

I. TE ENCONTRÉ

1

Eran las últimas aguas de ese día lluvioso en la Gran Ciudad. Estaba, como dicen en los ranchos, «pariendo la venada», lloviendo con sol. Sobre la entrada del hospital regional de la universidad todavía caían algunos chorros de agua de los desagües del techo, mientras en el horizonte se asomaban las últimas luces del sol con tonos rojos y magentas sobre las nubes. La fachada del hospital de cantera rosa tenía en la parte de abajo los clásicos tonos oscuros de piedra mojada.

En la acera frente a la entrada, se detuvo un taxi de los nuevos Tsuru II cuadrados de la Datsun. Corrección, ahora son Nissan. Siempre serán Datsun, decía la gente sin poder acostumbrarse a decir Nissan. En la radio del taxi se alcanzaba a oír «Cuando calienta el sob», de Luis Miguel, con el acostumbrado volumen de taxista que hasta parece competencia a ver cuál radio de taxi se escucha más lejos. Del taxi con olor a nuevo bajó un hombre alto, castaño y delgado. Vestía una gabardina larga y oscura, de la temporada anterior, que lo hacía ver todavía más alto y delgado. Al abrir la puerta del taxi, todo delante de él era un solo charco. Sin preocuparse por mojarse unos zapatos oscuros aún con algo de brillo, bajó y, con caminar lento y pesado, se dirigió directo a la entrada sin intentar evitar charco alguno.

Dentro, en el escritorio de las enfermeras, la veterana Teresa daba nuevamente lecciones de vida a la novata Mary, quien, cansada de escuchar nuevamente de cuidarse de los hombres traicioneros, solamente disimulaba y asentía ante la enésima vez de oír del marido de Teresa y cuando lo corrió de la casa por última vez, otra vez...

En plena plática estaba Teresa cuando notó a Mary con la mirada fija en la puerta. El hombre alto, castaño y delgado venía hacia ellas. La gabardina que traía aún goteaba, a pesar de haberla sacudido fuera de la entrada. Tenía un rostro con el evidente cansancio de alguien que ha pasado largo tiempo dedicado a una tarea, pero con la luz en la mirada de estar cerca de terminarla.

—Buenas noches, damiselas, la paciente en coma que tienen por

aquí... ¿ya despertó?

—¿Despertar? ¡Qué va a andar despertando! —dijo Teresa con evidente tono burlón—. Esa chamaca tiene semanas así, y lo más seguro es que aún siga así y así continúe la pobre por no sé cuánto, o hasta que alguien en la directiva se fije en la cuenta que lleva la pobre, haga números y vea que es más barato desconectarla que mantenerla en...

Teresa iba a continuar, pero, ante el codazo no tan discreto de Mary, guardó silencio haciendo una mueca entre de dolor y niña regañada.

—¿Puedo pasar a saludar? —dijo aquel caballero con un poco más de luz en la mirada.

—Cuarto 215, tercer piso por el elevador a la izquierda —se adelantó Mary a decir con una sonrisa pícaro—. Pase y dígame buenas noches por parte de nosotras.

—Gracias, pasen buenas noches.

Cuando el hombre se alejó bajo la mirada curiosa de Mary e indiferente de Teresa, Mary fue la primera en romper el silencio.

—¿Será algún pariente o enamorado? ¿No te da curiosidad?

—Me da igual —replicó la otra—. Esa pobre muchacha del 215 no ha tenido visita desde que llegó aquí, ni siquiera en Navidad.

El hospital se encontraba desierto a esas horas, por lo que fue una ligera sorpresa, al abrirse el elevador, encontrar a una persona en el interior. Era una enfermera ya mayor, con el pelo completamente blanco, casi tan radiante como su uniforme de enfermera blanco impecable. Quien la viera diría que era Sara García, la abuelita del chocolate Abuelita en uniforme de enfermera.

—Buenas noches.

—Buenas noches, hijo.

Después de un momento, la enfermera le dijo con voz de abuelita:

—Te ves cansado.

—Lo estoy.

Después de otro momento, dijo con ese tono de abuelita hablándole a su nieto consentido:

—Recuerda, hijo, a veces el cansancio hace ver el camino como que no tiene fin. Pero no olvides que todos los caminos llevan a algún lado,

todos terminan en alguna parte. A veces estás tan cansado que no ves el final del camino, pero ahí está, siempre hay un final. Y algo me dice que tú estás cerca de poder descansar.

—Gracias, me siento mejor.

Al decir eso, se abrió el elevador.

—Hacia la derecha está el 215 —le dijo la enfermera abuelita.

—Gracias, buenas noches —dijo al salir.

Se detuvo un momento a acomodarse la gabardina mientras se cerraba a sus espaldas un elevador vacío.

El hombre se encaminó al cuarto indicado. Al detenerse en la puerta 215, tomó la cerradura y se detuvo un momento. La imagen de una persona a media luz en medio de un pasillo en penumbras evocaba la estampa de alguien que está en un laberinto y medita si, al abrir la puerta, encontrará la salida o una bestia dispuesta a devorarlo. Tomó un largo suspiro de valor, abrió la puerta y entró al cuarto. Dentro no había bestias ni nada mágico, solamente una habitación de cuidados intensivos a media luz con una paciente en cama en el centro. Los únicos sonidos en esa noche tranquila eran los bips de los aparatos que vigilaban y mantenían con vida o media vida a esta paciente. La habitación estaba iluminada por una lámpara de escritorio con pantalla de tela y holanes que alguien había dejado encendida en el buró junto a la cama. En esa media luz se adivinaba que la paciente era una joven delgada de corta estatura, la que de tan menuda se veía aún más diminuta en esa camilla enorme con tanto equipo alrededor. El pelo castaño casi negro, lacio y largo lo tenía hacia los lados de su rostro blanco como la nieve de las altas montañas, cuidadosamente acomodado y cepillado. Seguramente, alguna enfermera joven como Mary la mantenía bella.

Junto a la lámpara había un radio viejito Zenith todavía de gabinete de madera y tela en la bocina. Por el tamaño reducido, podría ser de transistores modernos, pero conservando el estilo de los de bulbos. Alguien lo había dejado encendido, seguramente, alguna enfermera o médico que aprovechan las habitaciones como estas con «pacientes tranquilos» para esconderse un rato del ajeteo y descansar. Se notaba que estaba en la AM por el sonido apagado característico de la misma,

como si le pusieran una almohada en la bocina. Aun así, se entendían bien las guitarras de la Rondalla de Saltillo en las últimas estrofas de su éxito «Cómo».

«¿Cómo consolar a la rosa y al jazmín? / ¿Cómo?, si tu risa ya no se oye en el jardín? / ¿Cómo he de mentirles que mañana volverás? / ¿Cómo despertar si tú no estás...?».

No se sabría decir si por efecto de la canción en AM, la lámpara de holanes o el radio viejito, pero el ambiente se sentía como de un par de décadas atrás, en los 60. Con pasos cansados recorrió la distancia de la puerta hasta ponerse a un lado de la cama, de espaldas a la ventana. Terminando la rondalla, siguieron Los Tres Caballeros con «Reloj». No hubo anuncio intermedio, pero muy seguramente era la XEW en el 900 KHz, «La voz de la América Latina» o, como dice la gente, «La voz de la güera que le atina».

La figura solitaria se acercó a ella, la vio un instante y dejó escapar un suspiro. Se quitó el largo abrigo que traía y lo puso en la orilla de la cama, mientras los acordes geniales de don Chamín Correa acompañan a Roberto cantoral.

«Reloj, no marques las horas / porque voy a enloquecer. / Ella se irá para siempre / cuando amanezca otra vez».

Junto con la canción, procedió con aquello que tanto había ensayado y repasado anteriormente. De pie junto a aquella cama de hospital, pronunció una oración en un lenguaje a la vez antiguo y bello, como quien recita un poema de amor, enmarcado con una serie de ademanes exóticos asemejando una danza extraña pero armoniosa al compás de la canción.

Por un momento, como quien mirara de reojo una escena, pareciera que danzante y espectador se envolvieron en una tenue luz vibrando al compás de aquella danza. En la parte más vigorosa y llena de energía de la danza, el sonido de la radio se fue aclarando, como cuando los oídos se destapan al bajar de un avión, o pasar de la AM y sus 5 KHz de audio a los 15 KHz de la nueva FM. Como sea, el requinto de Chamín sonaba cada vez más exquisito.

«Reloj, detén tu camino / porque mi vida se apaga. / Ella es la estrella que alumbra mi ser, / yo sin su amor no soy nada.

Te Encontré

Detén el tiempo en tus manos, / haz esta noche perpetua / para que nunca se vaya de mí, / para que nunca amanezca».

Después del último acorde, relajó su cuerpo tenso por la danza, acercó una silla al lado de la cama y se acomodó. Más bien, se desplomó de golpe.

Cerró los cansados ojos a la vez que notoriamente se dejaba ir relajando todo el cuerpo, descansando por fin después de tanto tiempo.

II. TE DESPERTÉ

2

Los primeros rayos de sol que entraron por la ventana dieron una iluminación cálida y anaranjada a esa habitación estéril de tonos azules. Un primer rayo fue bajando e iluminando la pared, la cabecera de la cama y, por último, el rostro de quien dormía desde hace tanto. Al iluminar el rostro de la durmiente, hubo un solo parpadeo de quien no veía luz en mucho tiempo, seguido de otro y otro cada vez más largo hasta poder abrir despacio con mucho trabajo esos ojos del mismo color que la dulce miel. Unas manchitas ligeras en su rostro, por arriba de los pómulos, lejos de notarse como imperfección le daban un aire de juventud. Una mirada desconcertada pero curiosa vio por primera vez el techo de la habitación. Borrosa de un inicio, primero vio el abanico en el techo girando lentamente mientras iba enfocando cada vez mejor las aspas en movimiento. Después, bajó la mirada curioseando a los equipos a su lado, luego fueron recorriendo la habitación de lado a lado mientras todo se iba aclarando. Fue viendo sin poner atención los equipos, el mueble de baño, el sillón con alguien ahí, la ventana y el día que iniciaba afuera del hospital. Le tomó más de un instante percatarse de que no estaba sola. Su mirada por fin fue a dar con otra mirada que la veía desde un sillón en medio de la habitación. La mirada venía de un rostro de quien pasara malos tiempos pero que, por fin, terminaron.

—Hola, mi amor —fue el primer saludo que recibió.

El extraño lo pronunció en una voz tan baja casi como un suspiro que, realmente, nadie escuchó. Vino de ese rostro cansado que la observaba, ahora con una ligera sonrisa casi desapercibida. Tanto ha esperado que decidió esperar un poco más.

La paciente, todavía desorientada, recorría la habitación con la mirada. Como quien despierta de un largo sueño preguntándose si en realidad ya terminó. Poco a poco, fue reparando en sí misma y en sus alrededores.

—¿Dónde estoy? —preguntó arrastrando aún la voz.

Recobrando la voz y la postura, la figura que estaba en el sillón de la habitación le aclaró:

—Estás en la Gran Ciudad, en el Hospital Regional. Tuviste un accidente de auto en carretera hace algunas semanas. Fue algo fuerte y has estado internada desde entonces, en coma.

—¿A...? ¿Accidente?

—Así es, tuviste un accidente en tu auto. Te trasladaron inconsciente aquí al hospital. Has estado aquí desde entonces en coma.

—¿Dijiste semanas? ¿Cuándo fue? ¿En qué día estamos?

—De hecho, estamos en enero.

Poco a poco, la paciente iba recuperando el sentido, así como la lucidez. Se quedó un momento como recapacitando a la vez que se iba incorporando en su cama de hospital. La mirada ya lograba enfocar sin divagar por la habitación. Medio sentada, medio recargada en las almohadas de su cama, torció el rostro al caerle completo el veinte de dónde estaba y lo que había pasado. Así, con un leve respingo, cayó en la cuenta de lo suficiente para su siguiente pregunta.

—Perdón, no te recuerdo, ¿te conozco?

Con un largo suspiro de quien sabe que tiene una enorme tarea enfrente de sí mismo, se reacomodó en su sillón y contestó diciendo en voz baja:

—No, es cierto no me reconoces. Hay que empezar de nuevo.

Se acercó arrastrando el sillón junto a su cama y alargó el brazo hacia ella en gesto de saludo a la vez que decía en voz normal con un tono formal:

—Mucho gusto, soy columnista de la revista *El Informativo de la Ciudad*. Estoy... —pausa con un suspiro de alivio disimulado— cubriendo algunos casos médicos insólitos. Tu caso, digamos, encaja con ser no muy común. Tuviste un accidente algo fuerte. Tu auto quedó hecho una bola de fierros retorcidos que apenas si se reconocía que alguna vez fue un auto. Un camionero se quedó dormido e impactó tu auto contra la pared del monte a la orilla del camino. Fue instantáneo, no había manera de que lo pudieras evitar. Y, sin embargo, he aquí que estás solo con rasguños, y claro, un fuerte golpe en la cabeza que te causó un coma. ¿Qué recuerdas de tu vida?

—No mucho, todavía todo me es confuso.

—Empecemos por lo básico. ¿Cómo te llamas?, ¿de dónde eres?

—A ver... Me llamo Alicia. Soy de un pueblo pequeño y perdido saliendo del valle a la derecha. Es de esos pueblitos que ves pasar en un instante en la carretera, con algunas casitas una por aquí y otra por allá y la clásica llantera a la orilla de la carretera. El nombre del pueblo se perdió, y me refiero literalmente. El letrero verde a la orilla de la carretera con el nombre del poblado hace años que se lo llevó de corbata un camionero que traía carga ancha.

Alicia se reacomodó las almohadas y se incorporó un poco más en la cama para poder hablar con más comodidad.

—Normalmente, en pueblitos así como este de donde vengo, uno se entera de cómo se llama el lugar porque ponen el nombre del pueblo al taller, llantera o depósito de cerveza. Pero en mi pueblito, la llantera a la orilla de la carretera tiene una enorme llanta de tractor que dice «Llantera Chuy». Hermenegildo el llantero, que no se llama Chuy, platicaba que su abuelo Heráclito consiguió esa llanta. Su padre Heliodoro decía que el perro de su abuelo era el que se llamaba Chuy. Pero como el Chuy andaba por todo el pueblo, era más famoso el perro que su abuelo, y por eso se le quedó la llantera del Chuy. Así que, si preguntas por el pueblo, todos lo conocen por el pueblito donde está la llantera de Chuy.

Abraham iba inclinándose hacia adelante cada vez más conforme progresaba la historia, hasta quedar con ambos codos sobre las rodillas.

—Yo perdí a mi familia hace mucho, por lo que me mudé aquí a la Gran Ciudad. Fui hija única. Mi padre enfermó y murió cuando era chica, así que mi madre y yo vivimos de la cenaduría que teníamos. Eventualmente, mi madre también enfermó y se fue con mi padre al cielo. Al quedarme sola, me puse de acuerdo con la cocinera y le vendí la cenaduría.

—Debió ser difícil dejarlo atrás.

—Algo así, aunque ella estuvo tanto tiempo con nosotros que para mí era como familia, casi como mi segunda madre. Por eso no me pesó tanto dejarle el negocio de mi familia.

—Prácticamente, quedó en familia.

Te Encontré

—Pues sí —dijo asintiendo con la cabeza—. Con ese dinero, me vine a estudiar Periodismo aquí a la Gran Ciudad. Soy reportera también, pero de *El Periódico*. Lo último que recuerdo es que cubría un evento en un rancho fuera de la ciudad. Cuando venía de regreso ya de noche... Ya no recuerdo más.

—Fue cuando tuviste tu accidente, un camionero se quedó dormido, no vio tu auto a un lado y te embarró contra el costado del monte.

—Tal vez, gran parte lo tengo borroso. Incluso tu cara me parece conocida, pero no te recuerdo. Tal vez coincidimos en algún evento o en otra vida —dijo esto último con un tono burlón.

—En otra vida, tal vez —dijo con la primera sonrisa en mucho tiempo.

X. TE CONOCÍ

24

Alicia ya se encontraba desesperada por salir de la redacción. Abel había quedado de pasar por ella al periódico, pero la iba a esperar afuera para evitar el tumulto de gente que iba y venía por todos lados en ese espacio reducido. Debería haber estado ya afuera al menos hacía veinte minutos, por lo que el constante voltear a ver el reloj en la pared era ya una obsesión. Conforme iba caminando por el pasillo, no faltaba quien se le atravesaba y le hacía plática con esto y lo otro, entreteniéndola en su camino a la salida. Carlota, al darse cuenta de la cara de Alicia y su constante voltear al reloj, se acercó a ella y le preguntó simplemente:

—¿El grandote afuera?

—Sí —contestó Alicia entre pláticas.

Al puro estilo de un guardaespaldas de una artista, agarró a Alicia del brazo y la sacó a rastras por todo el pasillo de la redacción empujando a un lado a quien se atravesara. No faltó quien cayera tropezándose o que levantara papeles al aire. Al llegar a la puerta del periódico, de un movimiento brusco la detuvo. Con las manos, le alisó el pelo alborotado alrededor de su cabeza. Bruscamente, le dio una vuelta observándola por todos lados y de arriba abajo, le acomodó el suéter y le dijo:

—Ahora sí, lista. *Go, go!* —Le dio otra vez media vuelta y la empujó afuera del edificio dándole una nalgada.

En cuestión de segundos, ya estaba Alicia afuera del edificio toda desorientada. Le tomó unos momentos recobrar la orientación y el equilibrio. Una vez repuesta, se puso a buscar a ambos lados a su grandote. Lo encontró de espaldas sentado en una jardinera leyendo un libro de bolsillo. Se acercó despacio hacia él tratando de no hacer ruido. Una vez que estaba parada detrás de él, le picó las costillas y gritó:

—¡Buu!

Abel, sin brincar ni hacer gesto alguno, solamente volteó y tranquilamente le dijo:

—¡Hola!

—¡No es justo, nunca te asustas!
—No te voy a decir mi secreto, vas a tener que seguir intentándolo.
—Le dije eso para que no se frustre y que siga con el buen humor.
—¿A dónde vamos que te lo has guardado tan en secreto?
—Vamos a tener que ir y que lo veas tú misma.
—¿Alguna pista?
—Mis alumnos lo comentan mucho como su lugar de moda favorito.

—¡Ah, caray! Un lugar favorito entre universitarios... ¿El café de los 50?

—No... Te voy a decir.

—¿El Drive Thru? No, no traemos coche. ¿Cafetería en patines, como esa donde Pedro Picapiedra compra sus costillas de brontosaurio?

—Ocupas un tronco móvil, y tampoco traemos.

—Cierto...

—Tampoco traemos una nave como la de *Los supersónicos*, así que, antes que se te ocurra..., tampoco eso. Es sorpresa.

—¡*Chintehua!*

Realmente, no caminaron mucho, solo algunas cuadras. Al dar vuelta en una esquina, se toparon con un viejo bodegón con una marquesina como de cine de los 50, con un gran letrero en vertical rodeado de luces que decía «Arcade». Abel, al dar la vuelta, le dijo cantando:

—¡Ta Da!

—¿Es en serio? ¡Me trajiste a las maquinitas!

—Por favor, me ofendes. Es..., o sea... ¡El Arrcade! —dijo con tono de chamaco fresa.

—Arrrcade, por favor. Son maquinitas.

—O sea, qué insulto oyes. Ya no son máquinas mecánicas con *relays* y pistones, son de la última y más moderna tecnología. Esto es la electrónica, el adelanto del futuro. Ya no son engranes y pistones, son componentes y circuitos electrónicos. Incluso tienen cerebro electrónico que piensa por sí mismo. Traen un microprocesador adentro de 8 bits ¡con 64 kilobytes de memoria!

—¡Órale! ¿Y qué es eso?

—No sé, pero así dicen mis estudiantes.

El Arcade hasta hace algunos meses era conocido como la plaza comercial El Bodegón. Bastante tiempo más atrás era simplemente un bodegón. En algún momento, fue una bodega de mediano tamaño para albergar..., algo almacenaba definitivamente. De altura tenía unos dos pisos de los de antes, unos tres de una casa actual. El techo de madera hacía tiempo había sido reemplazado por una estructura metálica, no muy ancho, pero lo suficiente para albergar adentro locales comerciales y un área de comida en medio. Tal como el resto de todas las construcciones a la redonda, por dentro tenía todos los locales comerciales pegados a las paredes. En el centro, un área abierta con mesas de comida y una gran fuente. La idea era buena, mas nunca fue popular. Estaba incluso la creencia de que la bodega alguna vez fue almacén de sal, por eso estaba salado el lugar. De vez en cuando, se sabía que cambiaba de dueño. Frecuentemente, estaba sin un alma adentro, solo había una que otra tiendita de ropa y comida. Los clientes habituales solían ser personal de oficina de la redonda que se daban cita a comer. A veces, incluso, se llevaban su propio lonche y ahí comían. Lo único rescatable y que sobrevivía a tanto cambio de manos eran las tortas ahogadas de don José. Cosa deliciosa y famosa, eran un manjar entre chiloso y dulce digno de los dioses. Se decía que la receta de la salsa para ahogarlas, de tomates y una mezcla secreta de chiles, había pasado en su familia de generación en generación. El Arcade se dice que fue adquirido por un hijo de algún empresario durante un juego de póker. Por lo visto, este junior no estaba tan echado a perder. Tuvo una buena visión de negocio y pudo transformar un viejo bodegón salado y fracasado en el lugar de moda de la chamacada. Todo un éxito comercial.

La entrada al Arcade tenía un efecto interesante. Al abrir la puerta, se sentía uno succionado hacia adentro. Normalmente, las tiendas tienen sistemas de aire acondicionado que soplan aire fresco hacia el interior creando presión adentro de la tienda. Al abrir la puerta, se siente que el aire fresco sopla hacia afuera. En el caso del Arcade, no tenía aire acondicionado, solamente unos sendos extractores de aire

industriales en la parte alta de las paredes, creando una presión negativa en el interior. De manera que, cuando se paraba la gente en las puertas, el aire entraba hacia la plaza haciendo el efecto de ser succionado hacia adentro. Alicia y Abel no fueron la excepción y se dejaron ser succionados hacia la aventura.

Por dentro, la plaza conservaba la misma distribución del viejo bodegón, con las tiendas alrededor de una miniárea de comida. La diferencia ahora eran las mismas tiendas, con todo el enfoque puesto en la chamacada de hoy. A la izquierda, comida y chucherías. Todo un lado lleno de tortas, hamburguesas, papas, malteadas, papitas, frituras y lo que sea que coman los adolescentes. Del otro lado, ropa y accesorios. Blusas de todos colores, *jeans*, aretes, labiales color neón, bolsos y más bolsos. Pero lo más interesante de todo seguía siendo el área de las maquinitas. El Arcade mismo. Toda la pared del fondo era ocupada por luces y sonidos provenientes de esas máquinas modernas. Sin un orden específico, llenaban por completo el lugar. A luces se notaba que se fueron agregando máquinas tras máquinas a como fueron cayendo. En el puro rincón tampoco podía faltar un área para más peques. El rincón estaba ocupado por un set de juego escalador de dos niveles con escalerillas, resbaladeras, túneles, pasajes elevados y toda aventura. Ideal para peques, ya sean de mamás jóvenes que vinieron a pasar el rato y ver las tiendas o para parejas de novios y poder aventar el chaperón a jugar ahí y poder dedicarse a su asunto con la novia.

En el otro rincón, estaba una de las tiendas icónicas del lugar. El Calabozo, la primera tienda de videojuegos de la ciudad. El estilo de la tienda era una mezcla de *blockbuster* y tienda de cómics, salvo que en vez de estantes de películas en VHS, eran cajas de videojuegos. Las paredes tenían toda clase de figurillas y recuerdos de superhéroes, personajes de películas y videojuegos. El dueño de la tienda era un chaval con pinta de no tener mucho tiempo de haber terminado la universidad. Regordete, de baja estatura, un abundante bigote y con una tienda de videojuegos, naturalmente, era conocido por todo el mundo como «el Mario Bros». Aunque usualmente en las tardes era más fácil encontrarlo en el Arcade que en su tienda. Dejaba en esos

ratos como encargado a su carnalito, obviamente, conocido por todos como «el Luigi». Eso sí, tenía de todos los juegos de las consolas Atari, Nintendo y Sega. A la venta y al cambio el que sea. Menos el juego de Atari de *E. T.* El peor juego de la historia, aunque los videojuegos todavía no tienen mucha historia. Se dice que al Mario Bros le gustó tanto la película de *E. T.* que compró varias docenas de estos juegos. Ninguno se vendió. Ni regalados los querían la gente. Por diversión, los empezó a poner escondidos a la vista por la tienda, deteniendo la puerta, como recargadera de libros en el estante, de base para alguna figurita, haciendo una casita de cartuchos. Al rato, empezaron a aparecer por todo el centro comercial, entre los jugos de algún puesto de comida, en el escote de un maniquí, entre los aretes y pulseras, donde fuera, hasta había uno sumergido en la fuente. Se volvió una tradición entre la gente buscarlos. Cuando alguno encontraba un cartucho, decía a los amigos con los que iba: «¡Encontré un *E. T.*!», y luego lo volvía a esconder en otro lugar para que alguien más lo encontrara.

Abel, fiel a una de las tradiciones de la plaza, entrando luego, llevó a Alicia a El Himalaya. La tienda de raspados del lugar con sus tres tamaños: el *monster*, el *sasquatch* y el *big foot*. Pero no cualquier raspado hecho de hielo raspado a mano con un cepillo raspador, o los nuevos, que son un triturador con motor. La novedad eran los raspados de maquinita que hacían aguanieve, un hielo muy finito suspendido en agua. Toda una novedad. Aunque la tienda era mezcla de moderno y tradición, porque la máquina solo la tenían para hacer el *frappé*, los sabores seguían estando en numerosos jarros con jarabes preparados al puro estilo casero. Apenas Abel se acercó al mostrador, la doñita de los raspados al puro estilo de las tías escandalosas le gritó:

—¡Abel, chamaco loco, ven para acá, verás!

—¿No dijiste que no habías venido? —Le dio un codazo Alicia.

—Yo no dije eso... ¡Hola, tía!

Le cayó encima un torrente de preguntas. Que si ¿cómo has estado?, ¿qué tal la recuperación?, ¿te duele la cabeza?, ¿qué dicen las voces?... Pregunta tras pregunta con apenas tiempo para contestar.

—Todo bien, tía. El psicólogo dice que no haga caso a las voces en

mi cabeza, y las voces que no le haga caso al psicólogo ¿Cómo ves?

—Ah, qué chamaco loco este... Tú debes ser Alicia —dijo de repente aventando una mano hacia ella entre los frascos de jarabe con tal precisión que ninguno se movió. Cualquier otro hubiese hecho un desastre en un movimiento similar.

—Hola, mucho gusto —saludó tomando esa mano.

—¡Pero mira la muchacha tan bonita y chiquita...! Pero, a ver, tú tienes cara de... ciruela.

—¿Eh?

—Le gusta adivinar los sabores favoritos de la gente —le explicó Abel.

—¡Ah! ¡cierto, me encantan!

—Ciruela es entonces. Y tú, chamaco loco, tamarindo con lechera, ¿verdad? —Se dio la vuelta y ya ni siquiera esperó confirmación—. Aquí están, dos *sasquatch* cortesía de la casa. ¡Diviértanse!

Con sus raspados en la mano se pasaron a la siguiente parada obligada por tradición. Echar una moneda a la fuente y pedir su deseo. Ya sentados, Abel, que no puede resistirse a platicar de historia, le platicó de la fascinación de todas las gentes de, cuando ven una fuente, echar una moneda y pedir un deseo. Desde tiempos antiguos, viene la creencia de pedir el deseo al dios o ser místico que habitaba en lo profundo del pozo. Como pago, se le daba una moneda arrojándola a este. Pero solo se concedía si la moneda caía cara arriba. Si caía cruz, no se concedía. Aunque joven la plaza, la fuente ya acumulaba numerosas monedas. También, como dato curioso, seguía platicando Abel, la gente tiende a respetar las monedas de la fuente y no sacarlas. Inconscientemente, saben que cada moneda es el deseo de alguien y lo respeta. Incluso se ven varias que ya presentan signos de óxido por estar ahí bastante tiempo.

—Pues es un bonito lugar, tuviste buen tino —le dijo ella—. La última vez que vine todavía era El Bodegón, y vinimos solo por las tortas ahogadas de don José y nos fuimos.

—¿Y te digo otro secreto? El administrador de este lugar es un abogado que tiene su despacho en el edificio de enfrente. Pero el verdadero dueño, ¿te digo quién es? —Se acercó como para compartir

un secreto—. El dueño es el Mario Bros, el gordito de la tienda de videojuegos —le dijo apuntando con el pulgar hacia El Calabozo.

—¡En serio! Quién dijera, tan sencillo que se ve.

—Pos eso es parte del secreto. Su familia está podrida en dinero. Pero en buen plan, de mucho dinero, no de dinero podrido. Lo conocí un verano. También en el Tec doy clases. Los veranos, doy clases de valores, ética y cosas así sencillas para que los chavos *juniors* vengan de vacaciones. Y me pagan por andar de niñoero. Un verano, le di clases junto a un grupo de fresas que andaban con él. Totalmente la excepción, andaba como lo ves, de mezclilla y playera junto con la bola de fresas de ropa de marca y cada cosa ostentosa colgada. De plano, era el único que ponía atención, al grado de que hubo en alguna ocasión una clase que era el único en el salón y nos agarramos a platicar. Pensé que era becado por la facha sencilla y humilde, así que le saqué plática que si los compañeros lo apoyaban o cómo se llevaba con ellos. «Pueess... bien, son medio locos, pero son buenas bestias en el fondo», eso me dijo. Cuando salió a plática que dónde vivían, me dijo que en un depa modesto ahí cerca. Cuando sus padres lo mandaron de verano para acá, encontró ese depa sencillo y agradable que le gustó. Lo malo fue el viejito que lo rentaba, que lo vio chavalito y se le puso pesado que si referencias de gentes, que si el depósito exagerado por si hacen desastres, que si solo por dos meses... En fin, dice que se enfadó con el viejito, así que mejor le hizo una oferta por el depa y se lo compró. Así que el depa realmente es de él, y los otros son los que se le pegaron para venir al relajo en verano.

—Órale, así de simple, problema resuelto. Me gustó, no me lo rentas, pos te lo compro.

—Pos sí. Cuando pregunté a qué se dedicaba su familia, me dijo que tenían no sabía cuántos, pero solo digamos algunos de esos barcos con los que traen petróleo del Medio Oriente.

—Ándale pues. Modestia aparte.

—Muy curioso, fíjate. Las fresas, por lo general, son hijos de medios ricos nuevos o políticos de fortuna oportuna e instantánea. Los realmente de dinero son gente sencilla y trabajadora, así como este. Pues ahí lo ves, ahí está su hermanito el Luigi en el mostrador de la

tienda. Así o más sencillo.

—Pues es visión de negocio tener esta plaza.

—Para que te guste más, ¿ubicas el centro comercial gigantesco que están construyendo al oriente donde estaba la huerta de los Saucedas?

—le dijo indicando con el pulgar hacia El Calabozo.

—¡En serio!

—Mismo concepto que aquí, pero diez veces más grande. Un área de juegos de dos pisos, un área de comida, y si no tienes dinero para una Burger Boy o una de Arbys, la tienda ancla es una comercial mexicana. Vas por unas barritas Marinela y una Pepsi y te las meriendas ahí. También para otros presupuestos. Le sale lo ingeniero y, por supuesto, no puede faltar un Radio Shack, un Blockbuster, una tienda de discos de vinilo, aunque ahora tengamos casetes, y una tienda de videojuegos para su carnalito. Tiene acuerdos con mueblería K2 y Viana, con las tiendas DeTodo, tal vez otro Almacén Blanco o Gigante por fuera de la plaza. Y varias otras tienditas. Pero lo más interesante... Los cines.

—¿Cines, en plural como en varios, no un solo cine?

—He ahí lo interesante. Los cines que tú y yo conocemos de hoy en día son una sola sala gigantesca para toda la gente junta. Cuando hay en cartelera dos películas, las películas se proyectan primero una y luego la otra. Si se te pasa el inicio de la película, te tienes que esperar dos horas a que empiece la otra. Y si no era la que querías ver, te esperas cuatro horas o vienes otro día. Todo normal como siempre, ¿verdad? Pues agárrate... ¡Cuatro salas de cine!

—Va a estar gigantesca la plaza.

—He ahí el truco, cuatro salas, pero chicas, de un cuarto del tamaño de una sala normal. Pero organizadas de manera que la misma película va a estar siempre en la misma sala. En vez de esperar dos o cuatro horas a que empiece, cada media hora empieza una película en alguna de las salas. Y si no es la que quieres ver, te esperas a lo más una hora a que vuelva a empezar en la otra sala. Genial, ¿no crees?

—¡Puff! —dijo haciendo una seña con las manos como si le explotara en la cabeza.

—Entonces, ¿vamos a lo que vinimos, a las maquinatas?

—¿No que Arcade pues?

—Vamos, ándale. Nos espera una aventura con *Pacman*, *Donkey Kong*, *Pole Position*, *Asteroids*, *Centípede* y, lo último, *Street Fighter*.

—Vamos pues.